

# Dos objeciones en pocas palabras

VICENTE SANFÉLIX VIDARTE

*Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento  
Universidad de Valencia*

Aun cuando en general simpatizo con la perspectiva antireduccionista y antieliminacionista que el profesor López Cerezo asume con respecto a esa parte de nuestro esquema conceptual ordinario a la que él —como otros muchos— denomina «psicología popular», quisiera no obstante plantear dos objeciones a su estrategia defensiva de la misma.

## 1. ¿ES LA PSICOLOGIA POPULAR UNA TEORIA PSICOLOGICA?

Después de una lectura tan atenta como soy capaz de realizar del trabajo del profesor López Cerezo, debo confesar que no termino de ver claro el *status* epistémico que concede a lo que él denomina «psicología popular».

Creo evidente que en su opinión la psicología popular no debe considerarse como una teoría empírica *en el mismo sentido* en que lo son las teorías psicológicas científicas (véase pp. 12 y 16). Pero no sé si lo que se sigue de esta negación es que para el profesor López Cerezo: 1) la psicología popular no es ninguna teoría en absoluto, o, más débilmente, 2) que no es una teoría empírica o, más débilmente aún, 3) que no es una teoría empírica *standard*.

De varias afirmaciones tuyas, tales como que debemos adoptar respecto a la psicología popular la estrategia de ser realistas de entidades y antirrealistas de teorías (p. 13), o que la misma consta de generalizaciones que permiten la predicción y descripción de casos particulares (pp. 15, 17), etc., deduzco que de las tres alternativas arriba esbozadas el profesor López Cerezo negaría rotundamente la primera y muy posiblemente se sintiera atraído por la última. pero si es así, aquí es donde empiezan los problemas.

Para comenzar, resulta significativo el que, al menos hasta donde yo conozco, nadie haya propuesto ninguna reconstrucción más o menos sistemática de esta supuesta teoría implícita en nuestro uso de los predicados psicológicos ordinarios. Una cosa es segura, a estas alturas y después de ciertos trabajos de Putnam, Block y Fodor, podemos afirmar que una reconstrucción que pretendiera definir aquellos conceptos a la manera funcionalista (y esta es la única sugerencia que el profesor López Cerezo hace acerca de cómo podría llevarse a cabo una reconstrucción semejante, (véase p. 2) está condenada al fracaso.

Por otra parte, los límites de esa teoría psicológica popular supuestamente implícita en nuestro lenguaje ordinario parecen extrañamente difusos. Se nos dice en varias ocasiones (pp. 9, 17, 18) que la misma evoluciona, y yo me pregunto ¿evoluciona o cambia? ¿Tendría sentido hablar de

cambios de paradigma en el seno de la psicología popular? ¿Tenía la misma psicología popular Homero, quien atribuía la causa de ciertos estados emocionales humanos a la acción directa de los dioses, que nosotros? ¿O acaso la psicología popular constaría de un núcleo de generalizaciones «intocables» más una serie de hipótesis variables en el espacio y en el tiempo?

Estas observaciones no tienen sino un propósito: arrojar dudas sobre la tesis de que lo que nos permite la utilización de los predicados psicológicos es la implícita asunción, por nuestra parte, de algún tipo de teoría. Me parece francamente implausible que la utilización cotidiana de predicados psicológicos pueda contar como una ejemplificación de la explicación de los fenómenos según el modelo de la cobertura legal.

Dicho más claramente: no creo que la psicología popular —entendiendo por tal la capacidad que tienen los hablantes competentes para utilizar el lenguaje psicológico— implique, dependa o asuma teoría alguna. La psicología popular no es una teoría. Y hay una razón para ello, a saber: el carácter intencional de tal psicología (carácter que parece asumido por el propio profesor López Cerezo (véase p. 16). No se trata sólo de que la adscripción de contenido a los estados intencionales de un individuo tenga que obedecer a consideraciones normativas y holistas, de forma que dependa del contexto de una manera que imposibilite su sistematización, sino que, muy posiblemente, lo que se requiera para que tal adscripción sea posible no es disponer de una teoría acerca del sujeto del que predicamos los estados intencionales, sino algo mucho más básico: compartir con él, al menos parcialmente, una forma de vida.

Por otra parte, y aunque pienso que la psicología popular no es, ni asume ni implica ningún tipo de teoría, debo añadir que si lo fuera no sería —o al menos no sería sólo— una teoría psicológica. La razón es sencilla: la adscripción de contenido a los estados intencionales no puede realizarse desde una perspectiva puramente internalista. Después de las aportaciones de Kripke y de Putnam a la teoría del significado, parece difícilmente discutible que la particularización de los estados intencionales de un individuo depende de manera muy importante del contexto natural y, quizá sobre todo, social en el que el mismo se desenvuelve. Una teoría que aspirase a dar cuenta de la naturaleza de tales estados debiera ser no menos antropológica y sociológica que psicológica. Así pues, mi conclusión es que, en contra de lo que me parece que el profesor López Cerezo asume, la psicología popular no es ningún tipo de teoría, y si lo fuera, no sería una teoría psicológica propiamente dicha.

## 2. ¿SUPONE LA PSICOLOGIA POPULAR UN ESCRUPULO PARA LA MARCHA DE LA PSICOLOGIA CIENTIFICA?

De la misma manera en que sospecho que el profesor López Cerezo asume que la psicología popular es algún tipo de teoría, sospecho también que considera que tal teoría es capaz de mantener una coexistencia pacífica con la psicología científica (véase p. 16). Sin embargo, no es necesario caer en las garras del reduccionismo ni del eliminacionismo para defender que la psicología popular puede ser un lastre que impide a la psicología científica remontar el vuelo.

Si las explicaciones ordinarias, en términos intencionales, de la conducta de los seres humanos dificultan la consolidación de una psicología científica no es, a mi entender, porque, como piensan Stich y los Churchland, nos lleven a asumir conceptos referencialmente vacuos o principios teóricos falsos. Lo que ocurre es que nos crean la falsa expectativa de que sería posible dar una explicación sistemática y rigurosa de lo que el sentido común explica de una manera contextual y vaga. Recuerdo al respecto un artículo de «captación de estudiantes», escrito por un psicólogo profesional en un diario de una capital de provincias, en que éste caracterizaba su disciplina como aquella capaz de explicar adecuadamente fenómenos tales como por qué nos levantamos un día de buen o mal humor; o por qué preferimos comprarnos un coche rojo en lugar de uno negro, etc. Dudo mucho que la psicología —o la neurofisiología— puedan y deban explicar nomológicamente cosas tan peregrinas como éstas. Tales hechos sólo pueden explicarse, si es que pueden, de una manera contextual y vaga apelando al sentido común.

Volviendo de la anécdota al nivel especulativo. El problema estriba en que el esquema conceptual ordinario nos permite manejarnos moderadamente bien en multitud de campos, y nos sabe a poco una teoría psicológica que se aplicara sobre un área mucho más restringida de problemas. Supongo que la misma sensación tendrían los últimos alquimistas —y el vulgo— cuando se pusieron los cimientos de la química tal y como hoy la conocemos. Sería muy rigurosa... ¡pero no permitía descubrir la piedra filosofal! Mientras sigamos esperando que la relación entre psicología popular y científica sea de *extensión explicativa*, a mi entender estaremos pidiéndole a la psicología algo que no puede ofrecer. La tarea del filósofo de la mente es ayudar a convencerse al psicólogo, de una vez por todas, de que su disciplina no tiene por qué procurar la satisfacción de la codicia explicativa del sentido común.